

pañía, haced que por su cruz y con ella me guíe y me lleve, para que sea tal cual Vos sois delante de El. Amén.

TRABAJO XLIII

Ser clavado, levantado y descolgado en la cruz.

LLEGADOS al Monte Calvario, donde las demostraciones que el Señor había de hacer de su amor y los trabajos habían de llegar al último extremo, no concedieron al inocentísimo Cordero ningún espacio para descansar y tomar aliento del cansancio con que el camino le traía muy fatigado, sino que al punto los verdugos dispusieron clavar al Señor en la cruz, que fué el mayor trabajo de cuantos pudo su cuerpo tolerar. Quitáronle las sogas con que venía atado y los vestidos, que precisamente habían de ir pegados á la carne, ensangrentada por la muchas llagas; y al desnudarle sin compasión le renovaron las heridas, principalmente de la cabeza, cuyo corona de espinas se movía toda, renovando las llagas con inmensos dolores. Todo esto se hacía con enorme fiereza, sin visos de humanidad; pero el Señor obedecía en todo á los verdugos, como si fuera su esclavo; desnudábase, vestíase, volvíase á desnudar, daba las manos para que se las atasen, echábase sobre la cruz para que le clavasen, con tanta mansedumbre y prontitud, como si pronunciara aquellas órdenes el Eterno Padre.

Aquí aprenden los que de veras tratan de la paz interior, á no inquietarse en los sucesos contrarios y penosos; porque los falsos amigos, las sinrazones y adversidades en que se ven, las toman como mandamientos del cielo, y á sus contrarios como ministros de la ordenación divina, sometiéndose á todo y á todos aun en las cosas más contrarias, como á los divinos preceptos y ordenaciones; y de aquí nace el amor verdadero de los enemigos, porque no los miran como enemigos, sino como ejecutores de los consejos divinos, y sienten más el mal que ellos se hacen que el que de ellos reciben; porque toman la adversidad como cosa mandada del cielo para sí mismos y sienten sea ocasión de daño ajeno.

Quedó el purísimo Cordero en pie, desnudo y hecho una viva laga de pies á cabeza, goteando de todo El sangre á la tierra, enardeciéndose el dolor de las llagas con el aire, coronado de espinas, en figura la más lastimosa de cuanto se puede imaginar. Y como su corazón jamás estaba ocioso, es de creer que en aquel breve espacio en que estaban asegurando la cruz para clavarle en ella, aprontando los clavos, barrenos y sogas con que la habían de levantar en alto, el Señor levantaría los ojos y el corazón al cielo, ofreciéndose de nuevo á la pbediencia del Padre, con lágrimas muy ardientes, por la salud de los hombres; y sin duda los suspiros interiores y fervoroso ofrecimiento fueron oídos en el cielo y alcanzaron todo cuanto pidieron. Este es el modo de contentar á Dios y alcanzar luz para hacer las cosas con acierto y sobrelevar los tra-

bajos de la vida: no emprender nada sino comenzando por interior oración y ofrecimiento á Dios, aunque sea brevemente; porque no puede dejar de tener buen suceso lo que en Dios y con Dios se comenzare. Este paso es devotísimo para llegarse el alma al Señor, echarse á sus pies y recibir aquel sacratísimo rocío que de todo su cuerpo y llagas está goteando; y lavarle con la Magdalena los pies con lágrimas, antes que se los claven en la cruz; porque no aceptará menos estos amorosos deseos del alma, que los obsequios que allí le pudiéramos hacer, si estuviéramos presentes.

Llegáronse los verdugos al Señor y le dieron á beber un poco de vino mezcládo con hiel y mirra, que era una bebida inhumana, dispuesta únicamente para el Señor; pues en semejantes lances se acostumbra dar á los pacientes algún alimento confortativo para esforzarlos, y tal vez confecciones con que sientan menos el tormento; pero estos crueles ministros, atizados por los judíos, no consentían cosa alguna que aliviase al Señor, antes lo convertían todo en mayor tormento; y por esto en el vino, que podía confortar el estómago, mezclaron las cosas más amargas: hiel y mirra. Con esto se desayunó aquel día el Señor, sin tomar otra cosa más que el vinagre que probó cuando estaba para expirar, como luego diremos. No sé quién andaba más empeñado en estas cosas, si la malicia de los enemigos en inventar nuevos modos de tormentos, ó si el Señor en distribuirlos por su cuerpo en tal conformidad, que ningún miembro dejase de tener parte en los martirios. Lo cierto es que venció el Señor, pues traía sus miembros tan en competencia de cuál más padecía, que quiso atormentar hasta el paladar, garganta y entrañas con la aspereza de la hiel, mirra y vinagre, ya que no podían recibir otro tormento. Todo se puede creer del ardiente y divino fuego de amor que en El ardía; y éste merece bien que le correspondamos con otro amor tan relinado, que se tenga por perdido cuanto en nosotros hay si no fuere perfectamente empleado en su servicio.

Prevenida la cruz y cuanto era necesario para clavar al Señor, le mandaron los crueles verdugos que se echase sobre ella de espaldas. Obedeció el divino cordero sin resistencia, y se echó sobre la cruz con la corona de espinas por almohada, que le penetraba de nuevo la cabeza con inmensos dolores: los brazos abiertos, los ojos fijados en el cielo. Aquí se vió primera vez el cordero de Dios sobre el altar de la cruz ardiendo en su propio fuego de amor, con los brazos abiertos para recibir á todo necesitado, y con los ojos en el cielo, abriendo con ellos las puertas del Paraíso, cerradas hasta entonces por el pecado de Adán. Y como este es el Sumo Sacerdote por quien somos reconciliados con el Padre Eterno, y El es el sacrificio aceptísimo á Dios, por quien se perdonan los pecados del mundo, en viéndose sobre el ara de la cruz hizo sacrificio de sí mismo y se ofreció por todo el género humano con toda voluntad, con todo amor y con infinito deseo de la salvación de todos los hombres. Allí, sin duda, llamaban sus brazos abiertos á todos los

pecadores para consolarlos y conducirlos al Padre Eterno. Allí hizo la reconciliación de los pecadores con Dios. Allí abrazó el cielo y la tierra, y formó de los dos una Iglesia, una casa y una compañía en que Dios reina. Jamás hubo ni habrá Sacerdote más acepto, ni más sagrado altar, ni otro sacrificio más meritorio que éste, donde el cordero, Sacerdote divino y sin pecado, se ofrece á sí mismo sacrificio inmaculado por todo el género humano.

Ocupándose el Señor en este su propio oficio, hacían también el suyo los ministros de la muerte con cuanta crueldad imaginaban. Algunos dicen que comenzaron por la mano izquierda, y le atravesaron un grueso y cruel clavo por la palma de la mano, traspasando los nervios para que pudiesen mantener el cuerpo; y como aquella es la parte del corazón, y más sensitiva, se encogieron algo los nervios con el tormento, de suerte que, cuando quisieron clavar la mano derecha, no llegaba al barreno que estaba dado en la cruz; por lo que fué necesario estirarle con sogas, haciendo lo mismo con los pies, y así fueron descoyuntados sus santísimos miembros. En todo esto callaba el Señor; ni gemía, ni se quejaba, ni mostraba en el rostro ninguna demostración de las que nosotros hacemos en los grandes dolores; antes con total seranidad de rostro, con invencible y más que humana constancia, sufría y toleraba los más crueles tormentos que á un cuerpo humano se pueden dar; porque no se contentó con sufrirlo todo perfectamente, sino que en ninguna cosa quiso mostrar semblante pesado ni molesto, á fin de que lo exterior concordase con la voluntad y amor dulcísimo con que padecía.

Callando en todo esto enseñó el arte de llevar las cruces con perfecta paciencia, en que está el mérito y aprovechamiento, para que en ellas seamos aceptos al cielo. El que se ve metido en trabajos los ha de tomar primeramente como mandamientos del Señor, para sufrirlos con suma obediencia á su divina voluntad; ha de huir toda queja, ni de Dios ni de las criaturas, aunque su mano le parezca pesada ó rigurosa, porque las quejas nacen del amor propio, que rehusa la cruz. No trate de justicia, de razón, ni de flaqueza para el peso del trabajo, antes sea la razón obedecer á quien así lo permite, y las fuerzas sean la confianza en su bondad. Haga altar de la cruz, sacrificio de sí, y, tomando oficio de sacerdote, ofrézcase afligido y atribulado al Señor para más y más padecer, cuando, cuanto y como su divina Majestad fuere servido. Y porque siempre la naturaleza pone mala cara al trabajo, debe el crucificado tener guerra consigo para no dejarse vencer de la tristeza, antes adore al Señor continuamente por todo, recibiendo con buen semblante lo que de su mano viniere, dilatando el corazón con fe de que Dios no le negará su gracia para tener más esfuerzo cada día. A este fin tome por medio traer los ojos interiores en el cielo, pues esto, como dice San Pablo, hace ligero todo el trabajo de la tierra; porque contemplando, no lo terreno, sino los bienes celestiales, se ve que, en comparación del eterno peso de gloria labrado

por momentáneos y leves trabajos de la tierra, parecen nada éstos por grandes que se finjan.

Clavado ya el Señor en la cruz, estaba abierto en el suelo un hoyo capaz de recibir y tener derecha la cruz, sin que el cuerpo lo pudiese mover aun á costa de dolores inmensos; y como todo se hacía por manos que no deseaban otra cosa que aumentárselos, lo ejecutaban con crueldad inhumana. Así, arrojaron la cruz en el suelo (para que no le faltase el trabajo de ser arrastrado), hasta que pusieron el pie de la cruz junto al hoyo que tenían hecho; luego la comenzaron á levantar por los brazos hasta llegar á la altura en que otros pudiesen tirar por las sogas que tenían atadas, y tal vez volvería por una parte, tal vez por otra, con indecible tormento y escarnio del Señor, cuando cayó de pronto en el hoyo; y después, al apretar las cuñas, todo á fuerza de golpes, se acrecentaba al cuerpo tan insoportable trabajo, que como falta la experiencia, faltan también palabras para manifestarle. Pero vemos que los mayores y más insufribles dolores que el cuerpo pasa es cuando sale fuera de su lugar algún hueso, ó se desconcierta alguna coyuntura.

Levantado el Señor en la cruz, como el cuerpo quedó en vago pendiente de los clavos, todas las juntas empezaron á sentirse y descoyuntarse unos huesos y otros, tan visiblemente, que todos los huesos de su cuerpo se podían contar, como estaba profetizado por boca de David, y generalmente padecía en todo, como luego declaramos. Mientras el Señor padecía estos tormentos, sus enemigos, que tanto deseaban verle crucificado, en lugar de compasión, festejaban alegres la victoria. La gritaría del pueblo al tiempo de levantar la cruz lo llenaba todo de ruido. El Hijo de Dios fué allí fijado con los pies levantados de la tierra, mas no tan altos que no se pudiese llegar á ellos; con el cuerpo derecho hacia el cielo, los ojos inclinados á la tierra y los brazos extendidos, sin poderlos juntar, disponiendo estar en aquella postura, de suerte que la tierra y los amores terrenos no tuviesen parte en El, y los amadores de la cruz se le pudiesen llegar, y todos los que le buscasen crucificado le hallasen con los brazos abiertos para recibirlos, con los ojos claros para mirarlos, y con encendido amor para llenarlos de bienes.

Puesto así á vista del mundo, todo lo atrae á sí como El mismo prometió, hablando de cuando le levantasen de la tierra. Atrae el cielo, rotándole para los pecadores; atrae á Dios, reconciliándole con ellos; á los justos, inflamándoles en su amor; á los pecadores, convidándolos á penitencia, llamándolos á misericordia y satisfaciendo por ellos. Así, luego que se vió levantado en la cruz, olvidándose de sus trabajos, acordándose de los males de los pecadores que deseaba remediar, no contento con los interiores clamores que hacía por nosotros, abrió su sacratísima boca, hasta entonces callada á todo, y con una gran voz, llena de amor y con lágrimas, clamó al Padre Eterno pidiéndole misericordia por los que le crucifican, no sólo con las manos (como los que estaban presentes), sino también con los pecados (como nosotros), y dijo: *Padre, perdónales,*

que no saben lo que hacen. ¿Qué mayor amor puede esperarse? No sólo se acuerda de nosotros entre tantos dolores y tormentos, sino que cegándonos a nosotros voluntariamente, y no mereciendo menos pena por la ceguera de los pecados que por ellos mismos, este nuestro piadoso y amorosísimo abogado nos encuentra disculpa en la ceguera, alegando al Padre que, como á ciegos, nos perdona; y á la verdad, el Señor que ve y pesa con juicio limpio nuestras culpas, halla que obligan á ponerse El en la cruz para alcanzarlas perdón; pero nosotros las sentimos tan poco, que hacemos gala de ellas; mas si las conociésemos, el miedo nos haría evitarlas. Bien se ve aquí lo que San Basilio dice de la divina misericordia, que cuando ve nuestros pecados, halla en ellos dos aspectos: uno que le mueve á castigo por ser ofensa suya; otro que le excita á compasión por el mal que nos hacen, y esto prevalece. Pusieron nuestros pecados al Señor en la cruz; llenaban su persona de tormentos; ofendían al Eterno Padre; mas porque nos cegaban y condenaban, tiene mayor dolor de nosotros que de sí; y sin tratar de su alivio, pide que seamos perdonados como ciegos.

Crucificaron con el Señor dos ladrones, cada uno á su lado, y El en medio como su capitán; y aunque no lo era en los hurtos, éralo en robar los corazones. No se desdijo el Señor de esta compañía en la muerte, pues la aceptó en la vida; porque con pecadores comía y bebía y entre ellos quiso morir, bajando á la tierra como buen Pastor en busca de las ovejas erradas. Así nos quiso certificar que los pecadores tenemos el mejor lugar en su cruz, y que si Adán perdió el árbol de la vida y murió en este árbol, tenemos la verdadera vida para que la muerte no nos pueda hacer mal. Señal de todo esto es que la cruz tenía clavada encima de la cabeza del Señor una tabla, que Pilatos mandó poner, con la causa de haber crucificado al Señor; la cual en hebreo, griego y latín (lenguas en que se escribió toda sabiduría humana y divina), tenía escrito: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. Y aunque éstos recibieron mal la expresión y dijeron á Pilatos que no le llamase tan claramente Rey, sino que dijese moría porque falsamente se quería llamar Rey de los judíos, con todo eso Pilatos no quiso mudar de parecer; porque el Espíritu Santo, que ya determinaba vencer, quiso que entre las afrentas que el Señor padecía se supiese claramente que las almas que buscasen á este Señor, y que le amasen y sirviesen crucificado, tengan en El Rey verdadero, amparo, vida, riqueza y todos los bienes; y El, como Rey y Señor de todo, desde allí perdonaba pecados, daba vida eterna á los ladrones, salvaba pecadores y usaba de su eterno poder.

Entre todos estos misterios debe hacerse recuerdo de los dolores de la Virgen (aunque después trataremos de ello separadamente), la cual no vió clavar al Señor, pero oyó los martillazos que penetraban en su santísimo corazón, y esperaba ver lo que más recelaba y más la había de doler, que era verle crucificado; y así, cuando vió levantar en alto por encima de la gente á su unigénito Hijo, cuanto

más le amaba, más le dolió: ni pudiera su naturaleza resistir la pena mayor de lo que se puede imaginar, á no esforzarla el Altísimo para acabar de pasar aquella cruz, sólo para ella reservada, sin haber otra igual en esta vida.

Son tantos y tan grandes los misterios que el alma tiene que considerar y sentir en Cristo crucificado, que aunque en la historia, por evitar prolijidad, es preciso comprender muchas cosas en pocas palabras, con todo eso es necesario alargar los ejercicios para considerar más individualmente las mercedes del Señor. Por eso damos tres ejercicios sobre la materia de este capítulo, como en el pasado, y se hará en el siguiente, para que considerando el alma estas cosas más de asiento y en particular, saque de ellas mayor provecho.

EJERCICIO PRIMERO Á JESÚS DESNUDO, ANTES DE CLAVARLE EN LA CRUZ

Déjame ahora, alma mía, mirar el tráfigo con que esta gente se apercebe para crucificar al Señor, y la prisa, gritos y crueldad de todos sus contrarios. Mira la inhumanidad con que le desnudan, llevando ya pegado el vestido con las llagas, y que al tirar de ellos quedaria su sacratísima cabeza y todo el cuerpo manando nueva sangre. Mira aquella tan lamentable figura; mira aquel corazón nunca ocioso, ni apartado del cielo; mira cómo en viéndose desnudo y con las manos desatadas, las levanta con los ojos al cielo, bañado todo en lágrimas, ofreciéndose por ti al Padre Eterno. Vete á El en ese pequeño espacio, y ocúpale con El antes que le crucifiquen; póstrate á sus pies interiormente, como que le tienes presente, y abrazándole con amor, dile: Aquí me abrazo, amor de mi alma, con estos divinos pies; á ellos prenderé mi corazón; aquí me emplearé todo en Vos, antes que os claven en la cruz, y antes que la muerte os quite de mis ojos. Ahora que tenéis los brazos sueltos, abrazad antes que os claven, esta alma pecadora por quien tanto padecéis; consumid todas mis maldades, enfervorizad mis tibiezas y unidme todo á Vos. ¡Oh mi buen Jesús, Divino Cordero, amor puro y verdadero mío! Recibid los brazos de esta alma, y haced que sean puros y desprendidos de todo lo que es tierra, ardiendo en vuestro amor para que os sean más aceptos. Poned, Señor, los ojos de vuestra misericordia en esta vuestra miserable criatura; no me arrojéis fuera de Vos; recibid este abrazo, que como puedo os doy, y deseo darle con el amor de todos los que os aman; consumid en mí con esta sangre lo que os descontenta, para que no haya cosa que de Vos me aparte. ¡Oh mi verdadero amparo! Si me viere recibido á vuestro amor y amistad, ¿cuán bienaventurado seré? ¿Quién me dirá entonces que soy pobre, aunque todo me falte? ¿Quién me dirá que soy miserable, aunque viva en esta triste vida? Abrazado de Vos y abrasado de vuestro amor, desconozcáme, déjeme y desampáreme toda criatura, que sólo con Vos quedaré contento y satisfecho. Pues, Señor, mostrad ahora á mi alma la hermosura de vuestro corazón,

llegue á mí el fuego que le abrasa; caigan en mí esas ardientes lágrimas que de vuestros ojos salen abrasando; aquí me laven, enciendan y derriñan en vuestro amor, y con Vos me unan para siempre.

¡Oh todo mi bien, sin el cual soy pobrísimol Veo que la prisa de crucificaros es mucha, y yo quedo como quien era; antes que de aquí os quiten, y antes que os aparten de mis brazos, curad mis llagas. Vos veis cuán más llagado estoy yo en el alma que Vos en el cuerpo, y cuánta más ponzoña corre de mis culpas que sangre de vuestras llagas. Vos sois mi remediator: en Vos está la misericordia que yo necesito: y ya que mis pecados os pusieron en este estado, Vos sabéis mejor que yo la necesidad que de ella tango. No sé confesarlos, ni conocerlos; pero á vuestros ojos purísimos están manifiestos. Tal cual soy me arrojo á vuestros pies; y pues Vos me veis y conocéis, perdonadme con misericordia: no quede yo sin remedio entre tan grandes trabajos como por mí padecéis. Si queréis, bien podéis, Señor, limpiarme en esta hora: pésame de haberos ofendido, y deseo acabar en ella antes que volver á ofenderos. Herid, Redentor mío, este corazón con dolor de mis grandes pecados: dadme aborrecimiento de mí mismo y amor vuestro: quitad los impedimentos que hay entre Vos y entre mí, para que nunca más os ofenda y siempre viva unido en Vos por amor. ¡Oh vida y esperanza segura de mi alma! Tenéis amor para dejaros llenar de llagas por mí, para derramar toda vuestra sangre, para dejaros clavar y descoyuntar en esta cruz, para morir en ella por mi amor, ¿y os ha de faltar en esta hora, para perdonarme, para darme perfecto aborrecimiento de mis culpas, fuerzas para enmendarme y amor vuestro para nunca más ofenderos? Para todo, mi buen Jesús, tenéis amor: sé que deseáis más que yo esto que pido, y por eso morís: pero en mí veis aquello por donde me lo negáis. ¡Oh mi verdadero remedio! Confieso que de mí nace el impedimento: pero también os pido el remedio de esto mismo: por eso me ofrezco á vuestros pies: por eso clama mi corazón.

Ciego estoy é ignorante; alumbrad, luz divina, mi entendimiento: dadme á conocer quien soy: hacédme ver lo que en mí impide estos bienes y me aparta de Vos: dadme perfecto aborrecimiento de lo que en mí os desagrada: esto ha de ser obra vuestra: para todo tenéis amor, para todo misericordia. Si no me sé ofrecer á Vos de todo corazón, suplid lo que me falta. Para eso sois mi Redentor: para eso derramáis esta sangre, para poner con ella de vuestra parte todo lo que falta á mi pobreza. Si Vos, mi buen Jesús, me desamparáis ¿quien me podrá valer? Si Vos no me miráis, ¿quien podrá remediarme? Si Vos no me curáis, ¿quien podrá sanarme de mis llagas? Ellas me ciegan, ellas me hacen todo el mal que veis. Sólo en Vos está el remedio; tened piedad de esta vuestra criatura; perdonadme, alumbradme, sanadme, resucitadme, desarraigad mis males, para que limpio de ellos os posea con amor puro, me clave en la cruz con Vos, sea todo vuestro y á solo Vos tenga por mi único y soberano bien.

¿Qué es esto, verdadero Maestro de eternas verdades? ¿Desnudo queréis ser crucificado, y así morir en la cruz? ¿Siquiera no llevaréis con Vos la túnica que os hizo vuestra sacratísima Madre? Nada queréis del mundo; ya que se hizo de cosa de la tierra, os sirve de peso y carga. Desnudo entrasteis en el mundo, y desnudo queréis salir. No queréis que la muerte os quite, como á otros, lo que tienen; aún vivo, antes de subir á la cruz, os desprendéis de todo; volvéis á la tierra lo que es suyo, y desnudo os queréis crucificar. No queréis del mundo más que cruz, llagas, afrentas, injurias; sólo queréis y escogéis para Vos lo penoso que todos aborrecen, y en esto queréis acabar la vida. Desnudo nos reconciliáis con el Padre; desnudo hacéis las paces entre Dios y los hombres. Desnudo abris las puertas del cielo; desnudo satisfacéis por las culpas; desnudo enseñáis la verdad de vuestra doctrina; desnudo triunfáis de la muerte, de los pecados, del mundo y del infierno. Desnudo nos mostráis la perfección de vuestro amor; desnudo nos llenáis de bienes y dáis cuanto tenéis, porque la desnudez no os hace pobre, ni dejáis de ser quien sois, ni perdéis vuestras eternas é infinitas riquezas. Enseñad, luz divina, á esta ciega alma á que todo lo posea, desprendiéndose de todo; y pues no puedo llegar aquí sin vuestra luz, lavad mis ojos con esta sangre, para que con claridad vea la fineza y perfección de esta vuestra sabiduría y de este puro amor. ¡Oh riqueza del cielo, Hijo de Dios vivo! Tan incomprensible sois, y tan rico, que solo bastáis para llenar y saciar las almas; tan grande, que podéis llenar toda mi capacidad; tan puro, que ninguna cosa se puede comparar con Vos; tan suave, que arrebataís todas las fuerzas del alma; tan hermoso, que cautiváis lo más íntimo del corazón; tan buen amigo, que obligáis y prendéis á toda el alma; tan divino luego de amor, que todo el espíritu lo abrasáis. ¿Pues qué mucho que pretendáis reinar solo en esta alma, y que la queráis desnuda y desprendida de todo, sin tolerar mezcla de otro amor? ¿Cómo puede haber con Vos otra cosa en este tan pequeño corazón? Vos sabéis que el alma se convierte en lo que ama: si ama tierra no podéis Vos, Majestad infinita, haber en ella.

Con Vos crece mi alma, con Vos se dilata, con Vos queda á medida de Vos, con Vos queda llena y satisfecha; porque Vos, amor puro de las almas, para todo bastáis. ¿Cuán do, buen Jesús, me veré desprendido de todo por Vos? Si me hicieris merced de tomarme por vuestro, poseedme y alumbradme; ¿qué pierdo yo en que toda criatura me deje y en ninguna halle consuelo, pues siendo vuestro estoy rico de Vos? Desprended, Señor, de todo á este corazón, y sea esto como Vos lo entendéis y no como la carne lo imagina; sea como en Vos lo veo, y no como piensa mi miseria. ¡Oh, cuán rico es el que así os tiene! ¡Cuán dichoso quien así os posee! ¡Cuán bienaventurado quien así os ama! Si así os veo por mí, ¿con qué mejor os puedo contentar que con este desprendimiento y desnudez, lo á menos en lo interior, ya que no lo pueda lograr exteriormente? Vuestros grandes amadores os seguían desnudos. Cual-

quiera ocupación de la tierra era carga pesada para vuestro enamorado Agustino; cualquiera andrajo de tierra era insoportable para vuestro pobre Francisco; la misma piel le servía de peso á vuestro Apostol Bartolomé. Huían á los desiertos los presos de vuestro amor; desprendíanse de su misma carne y de su vida los mártires; todos vuestros verdaderos amadores que os ven desnudo en la Cruz, lloran con amor y deseo de verse así por Vos. Estas son las obras de vuestro amor. ¡Oh amor robador! ¡Oh amor transformador, tan pobre y tan rico, tan desnudo y tan lleno, tan encubierto y tan conocido, tan cautivo, tan crucificado, tan rendido y tan libre, tan señor y triunfador! Lo que esto es, sólo Vos lo enseñáis y lo entendéis, sólo Vos lo dais á conocer. El amor que hasta aquí os condujo, os haga concederme desde ahora este desprendimiento de todo y esta amorosa unión á Vos; ese me alumbré y haga entender estas verdades; ese me desprenda de mí y me haga olvidar de todo lo que me aparta de Vos; ese me haga pesado é insoportable cuanto no veo en vuestra desnudez. Mudad, Señor, esta sentencia; vivid Vos y crucificadme á mí. Si en esto soy atrevido, vuestro amor me lo hace pedir; y si no puede ser, id Vos, mi buen Jesús, á vuestra deseada cruz, pero clavadme con Vos; abrazaadme en ella, desprendedme de todo, y unidme en ella con Vos, pues sois mi gloria, todo mi tesoro y esperanza.

¡Oh purísima Virgen, que sois la que más amáis y á quien el amor desprendió de todo con mayor perfección! Alcanzadme lo que experimentasteis de estas verdades en Vos. ¡Oh corte celestial, poseídos de solo el amor de este Señor, y con él ricos y abastecidos! Soltad alguna ascua de ese fuego, y arrojada en este corazón para que consuma las heces de la tierra, y, desprendido con Vos de toda afición terrena, me sujete y cautive al amor de este soberano triunfador.

EJERCICIO SEGUNDO, AL CLAVAR Á CRISTO EN LA CRUZ

Ya, alma mía, está la cruz prevenida; llega á ella con este divino cordero, para que veas y sientas los tormentos que le vieres pasar. ¡Oh buen Jesús! ¿Para qué habéis de pasar tanto trabajo? Ya se halla esta cruz consagrada por vuestros hombros; ya es honra y gusto padecer por ella; ya podemos los pecadores tomarla por remedio de nuestros males; basta, Señor, lo que habéis padecido, mandad que á mí me crucifiquen; vivid Vos y muera yo; mandad como juez que sois, y sea yo el que pague como pecador. Descansad ya de tantos tormentos y empeece yo á llevarlos por Vos, pues son más justamente empleados en mí. Y si vuestro amor no los sufre, ruégos por él mismo que crucifiquéis este corazón con Vos, de suerte que jamás aprecie otra cosa; en esa cruz os conozca, en ella os ame, os busque, os halle y posea.

Mira, alma, la crueldad con que clavan al Señor, mandándole extender en la cruz, y la mansedumbre con que á todo obedece. Mira cómo toman la medida para los barrenos y le clavan sin pe-

dad por las partes más sensibles, como son los nervios, con duros y gruesos clavos de hierro; y si puedes, siente la grandeza de aquellos dolores; y si no los sabes sentir, deséalo y pide al Señor que te lo conceda, para que padezcas en el corazón lo que El con tanto amor toleró en su cuerpo sacratísimo. Ablandad, suavísimo Jesús, la dureza de este corazón para que estos clavos le penetren y sienta yo en mi alma vuestros dolores, ya que Vos solo queréis pasarlos en el cuerpo. No quede mi corazón sin dolor y sentimiento de ellos, pues por mí los sufrís, para que en él se encienda vuestro amor y el aborrecimiento de mis pecados, que á esto os sujetaron. Sed ahora liberal conmigo en lo que os pido, porque ni aun tan grandes trabajos vuestros acierto á sentir, ni puedo, sino cuando Vos me lo concedáis.

El manso y divino Cordero se echa y tiende de espaldas en el altar sagrado de la cruz, para ser en él sacrificado; extiende aquellos amorosísimos pies y brazos para que se los claven; pone los ojos en el cielo, y callando da voces á los oídos del Padre, ofreciéndose á El por nuestros pecados, y diciendo: Padre, clarificadme en esta hora á que por vuestra obediencia he llegado, y recibidme en vivo sacrificio por todo el género humano. Perdonad á los pecadores, por quienes satisfago; encended en todo el mundo vuestro amor; convertid á mí las almas descaminadas, y dilatad la gloria de vuestro nombre. No le falte al mundo lo que por sí no merece, pues por todo él me ofrezco aquí. Ablandad vuestra ira; abrid los tesoros de vuestra misericordia; ninguno quede fuera de vuestra gracia, pues por todos ofrezco mi sangre, cuerpo y vida en esta cruz; mirad cómo arde mi corazón en amor de las almas, en deseo de morir por ellas; y yo, Señor, os merezco que á todas las traigáis á estos brazos, que por vuestra obediencia y por recogerlas tengo abiertos. Venid á mí todos los que estáis en pecado, que yo os perdonaré; venid todos los atribulados, que yo os consolaré; venid todos los errados á estos brazos, que yo os recibiré; aprended de mí, pues me veis manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

¡Oh buen Jesús y buen pastor de esta alma errada! Recibidme, Señor, en esos brazos, pues me llamáis; dadme ese amor, esa humildad y esa mansedumbre, á cuya imitación me convidáis; rendid á Vos todo este corazón, y llevadle con Vos; imprimid en mi alma vuestra divina virtud, para que siempre ande tras de Vos y nunca me aparte. Basten, Señor, los años que fui sordo á vuestras voces, que por dentro y fuera me dabais; abrid desde ahora mis oídos para que oiga vuestra voz, para que os siga é imite. No me pudisteis mostrar mayor amor que dejaros clavar en esta cruz, y morir en ella por mí. No me neguéis, pues, el fruto de estos trabajos; dadme aquello para que me llamáis; comunicadme vuestro espíritu y entregáos de mí, ni me soltéis jamás de vuestra mano. Vos veis cuantas cosas contrarias á vuestro amor me tiran; veis cuán acostumbrado estoy á seguirlos, y dejaros por ellas; veis cuánta razón tengo de

recelarme de mí, y no confiar sino de Vos. Por tanto obedezco, buen Pastor, á vuestra voz; aquí vuelvo oveja errada á vuestra obediencia; entregaos de mí y no me solléis más; hacedme todo vuestro y obediente sin resistencia hasta la muerte de cruz.

¡Oh Padre Eterno! Bien sabéis que no puedo levantar los ojos á Vos de vergüenza y por el peso de mis muchos y gravísimos pecados. Las miserias de esta alma á vuestros ojos se hallan manifiestas; grande es la ira que tengo merecida, pues por ellas llegó vuestro unigénito Hijo al estado en que se halla. Si miráis á mis pecados, no tengo esperanza de vida, porque no merecen misericordia; pero Vos me disteis este divino Cordero, que arde en amor mío, y se sacrifica en este sagrado altar de la cruz por mi remedio. El es vuestro Hijo, que en todo hace vuestra voluntad; á El me disteis por Maestro y Pastor, á El me mandasteis llegar, y que de El toma cuanto me falta; con El no puedo ser de Vos desechado, pues El os es aceptísimo en todo, y por El queréis que seamos recibidos. Yo os le ofrezco en vivo sacrificio, y con la oferta que El de sí mismo hace, juntamente me ofrezco á Vos con todos mis pecados, males y llagas. Tened por El misericordia de mí; perdonadme por El, y dadme amor vuestro y aborrecimiento de mis culpas, juntamente con vuestro espíritu, para imitar en todo á este vuestro Cordero. Acordaos, Señor, que El mismo dijo no podéis negar el buen espíritu á quien os le pidiese. Yo os le pido ahora, y lo que me falta para ser oído, súpplalo la virtud del sacrificio de este divino Cordero, que aquí os ofrezco. Dadme espíritu de amor, espíritu de humildad, espíritu de mortificación, y ofrecimiento y resignación en vuestra perfecta voluntad; espíritu de conocimiento é imitación de lo que este divino Maestro aquí me enseña; su espíritu viva sólo en mí, y apartad de esta alma los malos espíritus que de Vos me apartan. Unidme á El para seguirle siempre; enseñadme á morir con El por vuestro amor; desprendedme por el suyo de cuanto no es El; cerrad mis sentidos y corazón al mundo y á sus engaños, y abridlos sólo á este Señor, para que El reine en mi alma, y ella siempre os ame, os sirva, sea de Vos poseída y os posea.

¿Todavía, mi buen Jesús, queréis llevar al fin el ser clavado en la cruz? ¿No será mejor emplear esos pies en andar de lugar en lugar convirtiendo muchas almas? ¿Esas manos, no estarán mejor alumbrando ciegos, sanando enfermos, resucitando muertos y acudiendo á cuantas necesidades tiene el mundo? ¿En lugar de esto queréis sean aquí clavadas, pensando, padeciendo y quitándoos la vida, tan necesaria para los pecadores? Adóroos, mi divino Maestro, y os doy infinitas gracias, pues por tantas y tales maneras me enseñáis la verdad de la doctrina que se encierra en vuestra cruz; pues siendo vuestra vida, vuestros pies y manos tan necesarios á las almas que viniste á redimir, me enseñáis que más las aprovecharon clavadas, pensando, amando y muriendo, que todas las muchas heroicas y divinas obras que pudieron hacer é hicieron sueltas. La obra mayor y más acepta para Vos es el amar; y aquello en que esto más

se muestra, es en padecer hasta morir; esto es lo que sobre todo os contenta; esto es lo que reputáis más importante; ahí ponéis la fuerza de lo que en las almas queréis; eso hacéis, y en eso acabáis. ¡Oh eterna sabiduría! Imprimid en mi alma esas verdades, pues sobre todo os complacen y tenéis por engaño cuanto se opone á ellas. Cuando el alma está en pena, la carne se halla cautiva; como los vicios no reinan, los apetitos se hallan refrenados; todo el hombre interior y exterior vive sujeto, y en sola esta obra se halla entregado á Vos, alabándoos, amándoos y obedeciendo. No es más santo quien tiene más fervor, ni es más justo el más consolado, ni os es más acepto aquel á quien visitáis con gusto, si no está del todo crucificado. El atribulado, perseguido, desamparado, puesto en cruces por fuera, en desamparos por dentro, callado, sufrido y perseverante en amor, éste es vuestro amado, éste os es más acepto, éste el más justo, éste el de Vos más estimado. Quien esto tiene, se puede llamar aprovechado, que hace más que todos y que fructifica en vuestra casa más que cuantos por otra vía os sirven sin tal cruz. ¡Oh fuego de divino amor, que en este Señor me descubres tales verdades! ¿qué haces que no me abrasas y crucificas con El? ¿Cómo me dejas holgando, teniéndole á El crucificado? ¡Oh Señor! Ya que veo ser esto vuestra verdadera sabiduría, no me dejéis en tinieblas; alumbradme en estas verdades, y cuando lograre ocasión de ejercitarlas, no me dejéis volver atrás. Tomadme desde ahora por vuestro, y no me dejéis llevar otro camino fuera del que veo en Vos. Dad vuestras consolaciones á quien os las merezca y os sea siervo fiel; á mí dadme vuestro amor, y con él y por él crucificadme, hasta que me mudéis de tal suerte en Vos, que sólo me sirva de vida y gusto el padecer por Vos.

Quiero, mi buen Jesús, recorrer vuestra cruz, para que en cada tormento de los que en ella con tan duros clavos os dan, me hagáis alguna merced.

Á LA MANO IZQUIERDA

Adóroos sacratísima mano, que hicisteis el cielo y la tierra, que siempre recibisteis á los pecadores y sustentasteis á los que con amor inclinaron en ella su cabeza para lograr descanso. Ya que, Señor mío, es esta la que primero clavan, porque está más cerca de vuestro divino y abrasado corazón, y por tanto os ha de costar mayor dolor, mandad que claven con ella mi triste y miserable corazón. Acordaos que solo éste pedis á los hombres, porque sólo en vuestra mano está seguro. Ved aquí el mío, tomadle en esa mano; clávele con ella ese duro clavo, para que siempre esté unido y asegurado en Vos y nadie os le pueda quitar de sí. ¡Oh cuán dichoso seré, si me le recibís! ¡Oh cuán bienaventurado, si aquí me le enclaváis! ¡Mirad, vida de este corazón, cuán mortal anda fuera de vuestra mano! ¡Cuán libre por donde quiere, pero cuán perdido! Aquí, Señor, aquí quiero ponerle; tomadle aquí y clavadle con esta vuestro mano, mi Jesús y mi amor.

A LA MANO DERECHA

Adórote, sacratísima mano derecha de mi Señor Jesucristo. Tú eres la fortaleza de todos los flacos, repartidora de todos los tesoros, mostradora de todos los bienes, á quien todos los miserables miran esperando de ella el remedio. No pierde, buen Jesús, su fuerza y virtud esta vuestra divina mano, por más que la claven; antes nos asegura la confianza que debemos tener en ella. Clavad, Señor, aquí esta flaca tierra y carne miserable, tan medrosa de padecer por Vos, tan viva para el mal, y tan pesada para vuestro servicio. Traspasada con vuestro temor en esta cruz; refrenad en ella sus solturas; consumid las leyes contrarias á vuestro espíritu; mortificad en ella los gustos opuestos á las verdades de esta cruz; viva en Vos crucificada por Vos, obediente al espíritu, para que toda su malicia, flaqueza y miseria sea consumida.

A LOS DOS PIES

Adóroos, sacratísimos pies, fatigados y endurecidos por los muchos y trabajosos caminos que por mí anduvisteis. Tragisteis á este Señor hasta la cruz, y en ella, por mí, habéis de ser clavados. Corregid los errados caminos por donde anduve hasta ahora, y dirigíme por el de la verdad y de la ley que siempre cumplisteis. Clavad, Señor, con estos sacratísimos pies mis errados pasos, para que me sean perdonados. Fijad con ellos los deseos y aficiones de mi alma, para que no vagueen por las vanidades, sino que sigan las pisadas de estos sacratísimos pies. Corra, Señor, la virtud de esa sangre por este cuerpo y alma, que todo me santifique, me abraze y me mude en Vos. Levantadme, buen Jesús, clavado con Vos en esa cruz, ni me soltéis hasta que hagáis en mí lo que en esa cruz me enseñáis, para que mortificado en todo y lleno de vuestro amor, me poseáis perpetuamente á vuestra voluntad.

¡Oh Madre de Dios sacratísima! Por aquellos dolores que penetraron vuestro purísimo corazón, cuando oíais los golpes con que clavaban estos pies y manos, mereced de este Señor que consigo me clave en esta cruz, y que jamás me suelte. ¡Oh Corte celestial, obra y hechura de estas llagas! Valed á este pecador, y alcanzadme que sólo de ellas viva, pues con su virtud reináis. Y ya que estáis logrando los frutos de estos sacratísimos pies y manos clavados en la cruz, haced que no viva yo privado de ellos, sino que por su virtud merezca la compañía vuestra para que fui criado. Amén.

EJERCICIO III, AL LEVANTAR AL SEÑOR EN LA CRUZ

Abrid, oh buen Jesús, mis ojos; alumbrad mi entendimiento, entenecead mi alma con el fuego de vuestro amor en esta hora, para que sienta en mí los crueles dolores y trabajo inmenso que ahora padecéis, al levantaros en alto clavado en esta cruz. Ya que por mí lo pasáis, haced, Señor, que sienta yo el dolor en que quedáis levantado en el aire, pendiente de tres clavos, descoyuntán-

dose las junturas de vuestro inocentísimo cuerpo, desprendiéndose unos de otros los huesos, y quedando tirantes todos los nervios. Haced que sienta la crueldad y gritería con que os levantan, los golpes con que aprietan y aseguran la cruz, renovando con cada uno los dolores que padecéis, en cada juntura, hueso y partes de ese cuerpo, callando Vos, Cordero sin mancha, sin queja, ni gemido y sin rehusar pena alguna.

ORACIÓN DEL ALMA Á CRISTO, CUANDO INTERIORMENTE LE VIERE LEVANTADO EN ALTO CRUCIFICADO

Adóroos, Hijo de Dios vivo, Dios de mi corazón, amor de mi alma. Adóroos, gloria de los justos, corona de los bienaventurados; adóroos, tesoro de todos los bienes soberanos; adóroos, Cordero de Dios, que quitáis los pecados del mundo, clavado por mí en eseadero; adóroos, árbol de la vida, lleno de todos los frutos de la gracia y de la gloria, que en este Señor se encierran. Aquí, ante Vos postrado, y ahí en alto, crucificado, os adoro y reconozco por toda mi esperanza, pues en Vos tengo cuanto puedo desear. Si me veo pobre, ahí estáis para mí riquísimo; si me siento flaco, ahí estáis fuerte para mí; si pecador, ahí estáis como Redentor mío; si cautivo, ahí sois mi libertador; si miserable, ahí os veo misericordioso; si tibio, ahí ardéis en mi amor; de todos modos que me halle necesitado, os veo, mi buen Jesús, en esa cruz, lleno de auxilios y remedios para valerme en todo. Amoos, Dios de mi alma, y deseo arder mucho más en vuestro amor. ¡Oh, si se hiciesen de mis ojos lámparas, de mi sangre aceite, de mis nervios y carne cera y pábilo, con que por dentro y fuera ardiese y me consumiese todo en vuestro amor! Poco fuera para satisfacer el vuestro verme crucificado por Vos. Y ya que no lo estoy, ¡ojalá queráis, mi buen Jesús, que me vea abrasado de vuestro amor. ¡Oh amor, que así triunfaste de este divino cordero, que así hiciste de él cuanto quisiste! Ahora estás engrandecido, contento, triunfante, pues te tienes penando, ardiendo y amando.

Adórote, amor divino, infinito, eterno, soberano, rico, poderoso, agradable y lleno de todos los bienes. Abráame con tu fuerza, y transfórmame en este Señor. Adórote, suave Jesús, elevadlo en lo alto, lleno de divinas obras. No estáis, Señor, tan alto que os apartéis de nosotros hacia el cielo y dejéis de ser visto; ni tan bajo que os lleguen las cosas de la tierra; ahí tenéis vuestra divinidad unida con vuestra alma santísima y vuestro cuerpo, y ahí lo estáis sacrificando todo y ofreciendo por mí. Vuestra divina virtud nos trae todos los bienes del cielo á esa cruz, penetra los abismos, y en ellos acaba las prolongadas esperanzas y destierro de los justos, que allí os están esperando para que lo saquéis en gloria. Ahí quebrantáis las fuerzas del demonio, condenáis á vuestros enemigos, abris las puertas del cielo, perdonáis á los pecadores y nos reconciliáis con Dios. Ahí juntáis los hijos que tenéis esparcidos por el mundo, rompéis la sentencia de muerte dada contra el género humano, santi-

ficáis los trabajos de los hombres, los hacéis camino cierto y seguro de la gloria, ponéis fuego á todos los corazones, alumbráis las tinieblas del mundo y os dais, tesoro de la gloria, á cuantos os quisieren, tanto cuanto de Vos quisieren y del modo que os hubieren menester.

Oh vida de mi alma, ¿qué mudanza es esta que hoy tenéis tan desusada en Vos? Nacisteis casi en secreto; fuisteis adorado de pocos pastores y tres reyes; conocido en el templo solo de dos ó tres justos; vivisteis treinta años encubierto; tres repartido, ya en una ciudad, ya en otra; resucitáis casi en secreto; aparecéis á poco por limitado espacio; subís á los cielos con pocos testigos, y se acaba luego la vista de la gloria con que subís; y para ser crucificado os veo levantado en alto; á hora de medio día; en público; en un monte manifestó; en tiempo de Pascua; cuando concurrían allí de todas partes; igual á los ladrones y á los justos; rebotando en dolores y en amor. Bendito, adorado y glorificado seáis, Señor, de todos los corazones y de todas vuestras criaturas. Disteis fin á las demás obras vuestras; pero cuando os visteis en la cruz no quisisteis apartaros de ella, ni tratar de testamento, ni de sepultura; sólo os acordáis de padecer, de penar y amar; esto quisisteis dejarnos por herencia. Aquí queréis ser conocido igual y generalmente de todos, porque en la cruz y no en las honras queréis ser imitado; aquí os complacéis en ser alabado, adorado y querido.

Oh Dios de mi corazón, tan rico, tan liberal, tan largo y tan hermoso, ¿quién así os cautivó de los hombres? ¿Qué hallasteis en nosotros para amarnos de esa manera? Si por mí he de juzgar á los demás, hallo razones de ser aborrecido, porque nunca os amé de todo corazón, siendo Vos sólo el que merecéis ser amado; nunca os busqué con verdadero empeño de contentaros; nunca os serví con todas mis fuerzas. Muchas veces os ofendí faltando á vuestras leyes; viví según los antojos de mi carne; hice la voluntad de mis enemigos; huí siempre de padecer con Vos y por Vos; tibio y fastidiado de las cosas espirituales, gusté de las terrenas; bruto para las cosas del cielo; negligente y flaco para vuestro servicio; astuto para el mundo, diligente para mis gustos. Siendo esto así, y peor de lo que yo sé decir, ¿qué hallasteis, Señor, en mí, para amarme con tan grandes excesos? ¡Oh amor sin medida, sin ley, y sin más razón que amar y arder por ser divino! Por eso me amas tan ardentemente, por verme tan perdido y falto de remedio, sino en tí. Para remediarme, te crucificas; para perdonarme, te atormentas; para salvarme, te ofreces de esa manera, y para mudarme sufres tantas mudanzas. Oh divino amor, ¿qué te daré en satisfacción de tan excesiva caridad? Os doy á Vos, infinito amor, por mí, porque no veo cosa que del todo os pueda contentar, sino Vos mismo, y juntándoos todo á este miserable pecador, me ofrezco todo á Vos; miserias y pecados (que es mi propia hacienda) pongo á los pies de esa cruz, con el cuerpo y alma que me disteis. Tan desbaratado y perdido como lo tengo, así lo entrego todo en vuestras manos; todo lo

ofrezco á ese, y en ese divino fuego que por mí, buen Jesús, os abrasa.

Acordaos que me prometisteis, que en viéndoos levantado de la tierra en la cruz, todo lo traeríais á Vos, sin exceptuar nada; y aunque por mis pecados soy menos que nada, no dejo de ser criatura y obra de vuestras manos. Y así como clavado en esa cruz os tengo en prenda de todos los bienes que me prometisteis; así tenéis ahí dos ladrones como prenda de todos los pecadores, pues todos somos vuestros por derecho. Pues, Señor, ya que ahora todo lo atraéis á Vos en esa cruz, no quede yo fuera; llevadme á Vos, Dios mío; unidme y convertidme todo en Vos. Trinidad de mí, como triunfó de Vos el amor; mostrad la gloria de vuestro poder y de los tesoros de vuestra misericordia en transformarme en Vos crucificado. Concededme que sólo Vos viváis y reinéis en mi alma; que viva yo en Vos crucificado; que sea ganancia para mí morir por Vos, y vida vivir en Vos. Nunca salgáis de mi corazón; nunca os apartéis de mis ojos; nunca de mi deseo; nunca de mi amor. Acábesse todo desde ahora para mí; sólo Vos me quedéis crucificado por mí, amor de mi alma, Jesús, vida de mis muertes, todo mi bien, todo mi tesoro, toda mi bienaventuranza, Jesús. ¡Oh, oh, oh amor! ¡Oh, oh, oh Jesús! ¡Oh, oh, oh mi crucificado! No sé hablar más; no sé pedir más; calle todo para mí; hablad Vos, vivid Vos, reinad Vos, poseed Vos, abrasad Vos y arded en este corazón, que desde ahora para siempre soy vuestro; ni quiero tener más de mí, ni desear más, ni saber más que á Vos. ¡Oh mi gloria! ¡Oh mi esperanza! ¡Oh mi crucificado! ¡Oh mi verdadero amigo Jesús!

¡Oh madre de Dios sacratísima, que ahora estáis también crucificada con el Cordero, traspasada de dolores por amor! Por los mismos dolores que tuvo vuestro corazón cuando visteis levantar en alto sobre toda la gente á vuestro único Hijo, vuestro tesoro, todo vuestro amor y bien, sin poderle valer, valedme á mí, pues para eso os quiso amontonar tantos trabajos. Hacedme sentir con Vos los dolores de uno y otro; ofrecedme á este Señor á los pies de la cruz, y dadme en ella un lugar para ser por Vos recibido y abrazado en amor de este Señor, ya que por mí no lo merezco. Alcanzadme de El, que si por mis pecados he de sentir cosa contraria á ésta, desde ahora me acabe aquí, para que no salga en balde cuanto por mí sufrió este divino Cordero y vuestro Hijo. ¡Oh ángeles pasados de tanto amor de los pecadores, ciudadanos del cielo, que sois fruto de este árbol de la vida, de donde os vino cuanto bien tenéis! Ayudad á este miserable para que sea preso de este Señor en su cruz, recibido en su gracia, abrazado en su amor hasta la muerte, y que en su imitación y padeciendo por El, acabe esta miserable peregrinación y destierro. Amén.

TRABAJO XLIV

Estar vivo en la cruz algunas horas.

Muchos é incomparables fueron los trabajos y tormentos que nuestro Señor Jesucristo padeció en la cruz después de ser en ella clavado y levantado en alto. Uno muy principal y acompañado de muchos, fué el morir lentamente y durarle horas el tormento de la cruz, el cual, aunque era bastante para quitarle luego la vida (pues le hallaba debilitado con tanta sangre como había salido de su cuerpo, y los dolores eran insufribles), con todo eso mantenía la humanidad con su virtud divina, para que acabase con cuanto tenía determinado padecer; y como en la cruz no tenía ningún género de refrigerio, le daba la dilación de la muerte un inmenso trabajo; porque si arimaba la cabeza á la cruz, le traspasaban las espinas; si la mantenía en el aire, se quebrantaba mucho y eran mayores los dolores que en ella padecía; si la bajaba, veía el desconuelo de sus amigos, el jugar y echar suertes sobre sus vestidos, el placer de sus enemigos y otras muchas cosas que le aumentaban la pena. Si se afirmaba en los pies, ó en los brazos, se aumentaban las llagas con la dureza de los clavos; si no se alzaba, quedaba el cuerpo en vago con su peso; los huesos se descoyuntaban; los nervios cada vez se estiraban más; las junturas se desprendían; y, como la carne se estiraba, hacíanse mayores las llagas por todo el cuerpo, saliendo mucha sangre que le debilitaba; de suerte que cada miembro y cada juntura de su cuerpo penaba con crueles dolores; y cuanto más perseveraba la vida, se extenuaban las fuerzas y se acrecentaba el tormento; porque cuanto eran menores las fuerzas para sufrir, se hacían más intolerables, con la continuación, los dolores.

Duró este gravísimo tormento unas tres horas, poco más ó menos; porque desde la hora de Prima (que acaba á las seis de la mañana) hasta la de Tercia (que acaba á las nueve), fué el Señor llevado á Pilatos y Herodos, azotado y coronado de espinas. Cumplida la hora de Tercia (como dice San Marcos), y entrando la de Sexta (como dice San Juan), fué condenado á muerte y llevado al Calvario, donde le crucificaron. Antes de acabar la hora de Sexta (que se cumplía al medio día), fué el Señor crucificado (como dicen San Mateo y San Lucas); y estuvo vivo en la cruz lo que faltaba para cumplir la hora de Sexta (que sería una hora antes de medio día, poco más ó menos), y vivió hasta acabada la hora de Nona que se cumplía á las tres de la tarde. En esta hora de Nona encubrió el sol sus rayos y hubo obscuridad y tinieblas en todo el mundo; tembló la tierra; estallaron muchas piedras, saliendo de su lugar; y muchos sepuleros de justos difuntos se abrieron, y estos resucitaron con el Señor y aparecieron á muchos, dando testimonio de las verdades de fe. Pero aunque el Señor manifestó en las criaturas

todas estas señales para demostrar su Majestad y la ofensa que recibía en la injusta muerte que le daban (con lo que en algún modo mostró el sentimiento que de los trabajos del Autor de la vida y Redentor del mundo, faltaba en los corazones humanos), todavía con la luz del sol de su naturaleza alegra los espíritus y anima á los tristes y desconsolados. Fáltóle á El en las últimas tres horas que estuvo vivo en la cruz, el alivio de la luz; y acaso con el gran temblor de la tierra se estremeció también la cruz y le daría gran tormento, pues en ninguna pena quiso dispensar consigo. Espanto causa que pudiese un cuerpo humano sobrellevar por tantas horas tan grande y cruel peso de tormentos sin morir; la muerte sola podía ser alivio, pero el diferirse era el mayor tormento. Y aunque Pilatos se espantó (cuando José de Arimatea le fué á pedir el cuerpo del Señor para enterrarle) de que hubiese muerto tan presto, fué porque ni le dolían á El, ni concibió bien los tormentos que padeció el Señor en su casa, cada uno de los cuales bastaba para quitar la vida al más robusto cuerpo. De allí salió tan debilitado, y la malvada gente á quien le entregó le trató con tan inhumana crueldad, que más parece virtud sobrenatural y divina la que por tantas horas mantuvo la vida de un tan atribulado Señor.

Estos trabajos iban realizados de una circunstancia que los hacía más afrentosos: que siendo El Hijo de Dios, los pasó á manos de una tan baja y vil gente, que hacía caso de los pobres vestidos del Señor, y mostraba necesitar una manga ó pedazo que le tocase; pues como eran cuatro, y uno solo el vestido que había de repararse, muy baja suerte de gente era la que no quería perder la cuarta parte de una ropa pobre y vieja. Y porque la túnica que traía junto á la carne era de una pieza sin costura, y si la partiesen había de deshilarse, y no podía la mendiguez de aquellos infelices aprovecharse de las partes, hecharon suertes para que uno solo la llevase; y aquel á quien le cayó, acaso festejaría la suerte por tener ropa con que cubrirse. Tal fué la gente que tenía al Hijo de Dios vivo entre sus manos, que le azotó, atormentó, y crucificó, usando de todas las descortesías, bajezas y groserías que de tal gente se podía esperar; y ésta es la que le acompañó hasta expirar, con tan inhumanos y crueles corazones, mofas y escarnios, que no le acrecentaron poco en todo aquel espacio sus tormentos.

Y como los mares de los grandes trabajos que el Señor padeció en toda la vida, encreparon sus alas en estas horas últimas y aquí vinieron á quebrantar su furia, fueron los inmensos dolores del Redentor acompañados de otra multitud de penas (como luego diremos), que ningún compasivo y tierno corazón puede dejar de quedar quebrantadísimo, viendo al inocente y manso cordero cercado por todas partes de tan graves y crueles aflicciones por El no merecidas; pero quiso mostrar en ellas lo mucho que nos amaba, y ver si nos podía obligar á que fuésemos por nosotros muy amado. Prueba clara de ello es, que la humanidad que de nosotros tomó, nos la restituyó en las últimas horas tan llena de servicios y provechosos

nuestros, que bien mirado lo que por nosotros padece, hallamos que cada hueso, cada juntura, cada nervio, cada vena, cada partícula de su carne, nos da mueho; ó padeciendo dolores mortales ó derramando sangre, ó sufriendo penas tan á cual mayor, que parece debemos tanto á cada parte de su cuerpo, como al todo, y que cada una sufre tan empenada en nuestro remedio como todas unidas. A los sentidos donde no cabían unos tormentos, no les faltaba otros con que á su modo se empleasen en el mismo oficio; pues lo que los ojos veían en los amigos y enemigos, lo que las orejas oían de injurias y blasfemias, lo que el olfato padecía en aquel lugar asqueroso del Calvario, propio de cuerpos muertos ajusticiados; lo que el gusto y las entrañas padecieron con hiel, mirra y vinagre, y el desamparo de Dios y de todas las criaturas tenían tan ocupadas todas las partes de aquella humanidad santísima en lo que nos convenía, que todo y cada cosa nos está pidiendo y merece todo el amor del alma. Quiera Dios que una granjería tan costosa no salga en vano, y que matándose El por ser amado, no muramos nosotros sin amor. No pudiera su Majestad hacer más de lo que hizo para sernos acepto, y para que le amásemos si fuéramos sus dioses; y nosotros, que le tenemos por Dios, nada acoso tenemos más olvidado de su amor y lo que le debemos. Su Majestad, que todo esto conocía al morir, padeció más con ello, que con los tormentos que le quitaban la vida. Estas desigualdades no tienen más razón, ni salida, que decir se porta cada uno como quien es; el Señor como infinita bondad y fidelísimo amigo; nosotros como ingratisimos y criaturas desaprovechadas; muriendo El por amor, y nosotros por no amar.

Entre tantos trabajos, no se pasen en olvido las obras divinas que el atormentado Señor hace en medio de sus aflicciones con tan graves dolores; primeramente, cómo cumple perfectamente lo que prometió antes de verse en la cruz, que en viéndose en ella levantado de la tierra todo lo atraería á sí. Esto no sólo lo hizo abriendo el cielo, satisfaciendo por los pecadores, haciendo del cielo y tierra un aprisco y un rebaño en un amor, destruyendo el poder de los enemigos del alma, y comunicando á todas infinitos tesoros de merecimientos; sino obligando con su blandura y suavidad á que todos los corazones busquen en El su descanso y remedio; porque así como la dura piedra imán con su blanda virtud atrae á sí el duro acero ó hierro, y el ámbar la seca paja, así el Cordero crucificado convi-da á ser buscado de todo corazón; pues aunque poniendo en El los ojos no veamos sino dolores, tormentos y desamparos, cosas que de su naturaleza espantan, y apartan los humanos deseos de alionarse á cosas tan pesadas y horrendas, todavía este divino Señor y Redentor, de tal manera templó las cosas en la cruz, que El se queda con lo penoso, áspero y afligido; y los que con amor se llegan á El, le hallan tan suave, tan abrigador de los necesitados, tan blando y tan dulce amigo, que parece se convierten en rosas sus espinas, y sus dolores en fragancias, sus clavos en lirios, sus penas en blanduras,

sus llagas en dulcísimos panales, sus trabajos en descansos, sus tormentos en refrigerios y su muerte en vida. De tal suerte enseña á padecer, que no espanta; de tal modo nos pone su cruz, que la quita el rigor y peso de carga; de tal suerte nos obliga á imitarle, que quita el miedo; porque todo lo que en El vemos trabajos, parece que en El empleó y perdió la aspereza, recogiódola tanto en sí, que cuanto necesitamos tomar de El en la cruz, nos lo da limpio, suave, hermoso y apacible.

Así es en verdad; pues mientras el amor del mundo y de las cosas de esta vida nos aparta de este Señor crucificado, se nos figura áspera, rigurosa y pesadísima para la naturaleza su conversación é imitación; pero si nos desprendemos y nos llegamos á El, vemos el engaño en que vivimos, y nos hallamos tan presos de los cordales suaves del amor, que deseamos padecer con el Señor, y casi no podemos; porque todo lo riguroso lo embebió en sí, y nos dejó lo suave. Prueba de esto es, que aquellos á quienes El hace la honra de darles á padecer por su amor trabajos exteriores, ó tentaciones y desamparos interiores, ó todo junto, se hallan tan presos en lo interior de la virtud de este crucificado Cordero, que no tienen valor para buscar fuera de El consuelo en las criaturas; y en medio de todo sienten una cierta seguridad y quietud, que las criaturas no pueden dar; en fin, llegan á conocer claramente que las asperezas de las duras cruces que los aligen, son propiamente las fuentes perpetuas de toda consolación, de la suavidad y descanso del alma.

Acabó también el Señor, entre todos los tormentos de la cruz, la obra de nuestra redención perfectísima y copiosísimamente; porque como estaba allí en lugar y hora del despacho con su Eterno Padre, no cesaron sus ojos de pedir con terrosas lágrimas nuestro remedio, ofreciéndose con toda su sangre y tormentos en precio de nuestra redención. La cabeza, que ningún alivio tenía, tomó por refrigerio estar con los ojos levantados al cielo, penetrando el pecho del Eterno Padre; y fué de tanto valor el precio que por nosotros ofreció, que logró de Dios cuanto quiso, satisfaciendo enteramente su justicia por los pecadores, á quienes llenó de riquísimos tesoros de merecimientos, gracias y misericordias, logrando perfecta victoria de nuestros enemigos; haciendo á la tierra escuela y campo de gloriosas batallas para sus escogidos, y dejando el cielo abierto para todo el corazón humano que pretenda subir á él. Y porque el impedimento de todos estos bienes era la sentencia de muerte y destierro, fulminada contra el género humano por el pecado de Adán, con que estábamos sujetos á la jurisdicción del pecado, del demonio y de la muerte, por ley escrita en la misma carne que recibimos de Adán, rompió (como dice San Pablo) el Redentor del mundo la escritura de aquella sentencia, clavando en la cruz la carne inocentísima que recibió de Adán; y rasgándola por muchas partes por las llagas de que manaba sangre, borró con ella la antigua escritura de condenación, y escribió en sí nuevos contratos entre Dios y los hombres; ajustó perpetuas paces; hizo nuevos legados de su último Testamen-

to, en que nos dejó herederos del reino de su Eterno Padre; y como á tales nos admitió á la partición de los bienes eternos entre nosotros y El, que es Hijo de Dios natural y primogénito.

Y porque el testamento no es válido sino después de morir el testador, confirmó Dios esta su última voluntad muriendo en la cruz, con cuya muerte quedamos nosotros, por medio de los tesoros de su sangre, constituidos legítimos herederos de su gloria. Por tanto, la Ley Evangélica se llama *Nuevo Testamento*, y la de Moisés *el Viejo*; porque ésta se mudó, y la Evangélica fué la última voluntad en que murió el testador, que dejó aquella ley por condición necesaria para que entremos á la partición de los bienes eternos. Su sangre se llama sangre de este nuevo y eterno Testamento, que nunca se mudará, como confirmado con la muerte del testador; porque por esta preciosa sangre somos rescatados del poder de nuestros enemigos; puestos en libertad de hijos de Dios, y ella fué el precio por el cual se nos restituyeron los bienes que habíamos perdido, de que ahora, por el valor de esta sangre, somos herederos. Mas porque el Redentor del mundo sabía la importancia de la observancia de su ley y sus puras verdades, para que no perdamos los bienes eternos de que nos hacía herederos, y sabía cuán poderosos habían de ser los engaños de los enemigos (que El dejaba vencidos), para volvernos á vencer y cautivar, no le faltó entre sus mortales tormentos la memoria de dejarnos muy declaradas en sí las verdades de su ley y los engaños de los enemigos, para que ninguno pueda alegar ignorancia de las condiciones por cuyo preciso medio ha de llegar á ser heredero del Reino de los Cielos.

Así manifestamente reprobó en sí toda soberbia, la desobediencia de la ley, los regalos y mimos de la carne, la vanidad de la vida, el amor de las cosas temporales y, generalmente, cuanto nos aparta del servicio de su Padre y no cuadra con los ejemplos de virtudes que vemos aprobados en su cruz. Dió además de esto, precio y aprecio al aborrecimiento del pecado, á la pureza de conciencia, á los trabajos y cruces, á la mortificación de la propia voluntad y gustos de la vida, á la paciencia en las adversidades, á la humildad y mansedumbre de corazón, á la pobreza de espíritu, al amor de los enemigos, á la guerra contra las tentaciones, al amor perfecto de Dios y de los prójimos; y, en fin (pues no todo puede individualizarse), se dejó á sí mismo por espejo de nuestras vidas, para que en El veamos claramente las verdades espirituales y ninguno se deje engañar; pues ninguna cosa será aprobada en su divino juicio, si no fuere enseñada en su cruz.

EJERCICIO Á CRISTO, NUESTRO SEÑOR VIVO EN LA CRUZ

Todo sois mío, buen Jesús; todo sois mío, rica esperanza de mi alma, y todo empleado en mi servicio y remedio. Cuanto tomasteis de mi humanidad, me lo devolvéis tan á costa vuestra, con tantas creces y provecho mío, que no puedo tenerme por pobre de vuestros bienes. Ninguna necesidad teníais de mí, cuando por mí os hi-

cisteis hombre; para mí tomasteis mi humanidad y con toda ella me remediáis; con toda padecéis por mí; con toda me servís por granjear el amor de este corazón; y ya que toda la dais en precio de mi redención, no os contentasteis de darla y padecer por junto; sino que os ponéis á contar muy por menudo; en cada parte de ella tomáis particulares trabajos, y en toda ardéis en llamas de amor vivo. Daisme vuestra divinidad llena de amor infinito, que comunica infinita virtud á cuanto me dais y padecéis por mi remedio. Daisme esa sacratísima humanidad, toda atormentada de pies á cabeza; ésta traspasada de espinas; los cabellos y barba despedazados por mí á repelones; las mejillas sacratísimas hinchadas de bofetadas; los ojos cubiertos de muchas lágrimas, y atormentados con ver cosas que aumentan la aflicción; la boca llena de hiel y vinagre; el olfato atormentado con el Calvario, lugar de cuerpos muertos; los oídos atormentados de gritos, injurias y blasfemias contra vuestra Divina Majestad; la garganta lastimada de la soga con que estubo atada, y cansada de no poder mantener la cabeza; las manos y pies clavados con duros hierros; las carnes abiertas por todas partes con azotes; los nervios cruelmente estirados; las junturas todas descoyuntadas; los huesos tan apartados, que se pueden contar; los vestidos, que los están sorteando; las fuerzas, que se os van consumiendo; la vida, que se os va acabando; la honra, pues estáis entre ladrones; el cuidado, que sólo de mi remedio ahí tenéis; vuestra sacratísima Madre, que por madre me dejáis; vuestro Eterno Padre, cuyo hijo me hacéis; vuestros merecimientos, que sólo para mí queréis; vuestra gloria que me prometéis; la misericordia con que me tratáis; la justicia á que por mí satisfacéis; vuestra alma, que por mí apartáis del cuerpo; la misma muerte que por mí pasáis; la sangre, que sin quedaros nada, derramáis, y el amor que á todo esto os obliga, y en que os abrazaís. ¡Oh riqueza mía soberana; cuánto mejor guardáis Vos conmigo, siendo pecador, el amor que me mandasteis os tuviese, que no el que yo os tengo siendo mi Dios! Amáisme de todo corazón, con toda el alma, con todas vuestras fuerzas, cuerpo y cuanto tenéis.

De todo estáis desprendido por mi amor, franco, liberal y hecho un rico tesoro de todos los bienes para mí. ¡Oh vida verdadera de mi alma! ¡Oh Señor de mi corazón! No sé agradecer tanto amor, ni le sé estimar cuanto merece. Adórole, alébole cuanto puedo, y deseo tener las fuerzas y virtudes de todos los justos, santos y ángeles, para amaros con ellos y corresponder á tan gran fuego de amor como me mostráis. Pero, Dios mío, Vos os portáis en todo como quien sois, y yo como miserable lo hago todo miserablemente. Pero aun esto me quisisteis conceder, que os hicisteis flaco con los flacos, pobre con los pobres, y tomar semejanza de pecador con los pecadores; para que todos viesan que no esperáis de nosotros cosa igual á las vuestras (pues no la tenemos), sino que os contentáis con nuestras pobreza y deseos. Pues, Señor de mi alma, todo lo que de vuestra mano tengo recibido, aquí os lo ofrezco y entrego para vuestro perpetuo servicio: cuerpo, alma, sentidos, potencias, vida, muerte y hasta los pe-

cados que son míos propios, cuantos dones me disteis, amigos, parientes, ingenio, habilidad, bienes naturales, temporales, y de gracia, todo lo pongo á los pies de vuestra cruz. Hasta ahora, buen Jesús, de todo usé mal; pues dándomelo Vos para que os sirviese y merecer vuestra gracia y gloria, con todo os ofendí y merecí vuestra ira, y la perdición de mi alma. Pero á Vos me vuelvo, Redentor mío, con cuanta eficacia puedo; aquí me entrego dispuesto para todos los desconsuelos, tribulaciones, desamparos y cuantos trabajos quisieréis que por mis pecados y por serviros padezca. Por ese amor que me mostráis os pido, que de cuanto os ofrezco os deis por entregado, y de todo dispongáis como más fueréis servido.

Entrad, Señor de esta alma, entrad en ella; mirad por mis ojos, oíd por mis oídos, hablad por mi boca y moved todos mis sentidos. Abrasad mi corazón en vuestro amor, no me soltéis jamás de vuestra mano ni permitáis que vuelva á mis antiguos males. Perdonad lo que pequé; limpiad y curad lo que os desagrada. Mudadme todo en Vos; transformadme todo en vuestro amor; crucificadme todo por Vos, con Vos y en Vos, amor, gloria y esperanza mía. ¡Oh bondad infinita! Pues cuanto sois y tenéis todo me lo dais, haced que mi alma sólo con Vos se contente, á Vos desee, por Vos suspire y á sólo Vos quiera. Sed Vos sólo mi tesoro, mi vida, mi hora, mi descanso, mi paz, mi seguridad, mi riqueza, mi refugio, mi gloria. A sólo Vos busque mi alma, y os halle; á Vos sólo vaya, y á Vos llegue; en Vos descance, y en vuestros sacratísimos brazos repose contenta y de todo olvidada.

¡Oh mi único bien, amor y esperanza de mi alma! ¿qué es esto? ¿La cruz y las horas que en ella estáis sólo para Vos son trabajosas, y para los pecadores alivio, consuelo y refrigerio? Cada hora que en ella estáis es para Vos mortal, porque las fuerzas se os van debilitando; el cuerpo cargándose más, los pies y manos rasgándose, las juntas y las llagas rompiéndose, los dolores creciendo, y la muerte se va llegando. Las injurias, afrentas y vilipendios cada hora se renuevan; la dureza de la cruz no se templa; el rigor del Padre Eterno no se ablanda; el sol retiró su claridad; y todo por todas partes os atribula con mortales tormentos. Sólo para los pecadores no hay en esa cruz, ni en esas mortales horas, dolor, ni trabajo; sólo ellos hallan aquí alivio y refrigerio. ¡Oh divino é inocentísimo Cordero! Para Vos sólo queréis los dolores, recogiendo los tan enteramente para Vos, que no consentís halle yo en esa cruz cosa que me dé pena ni espante mi flaqueza. Bendito y glorificado seáis amor divino. Si estoy cautivo, en esta cruz hallo libertad; si me hallo en tierra de enemigos, aquí encuentro verdadero y leal amigo; si estoy en un calabozo, aquí se me hace suave; si en hierros de prisiones, aquí se me ablandan; si desconsolado, aquí me consoláis; si tentado, aquí vencéis mis enemigos; si me dicen injurias, aquí me las hacéis amables; si me levantan testimonios, aquí me enseñáis por ellos las verdades eternas; si me desamparan los amigos, aquí me hacéis de enemigo vuestro hijo; si me falta lo temporal, aquí me proveéis; si los

hombres me persiguen, aquí me valéis; si me condenan contra razón, aquí me dais por libre; si me roban, aquí me restituís; si peo, aquí me perdonáis; si estoy débil, aquí me reforzáis; si triste, aquí me consoláis; si huyo, me llamáis; si vuelvo, me recogéis; si estoy ignorante, me enseñáis; si ciego, me alumbráis; si abatido, me levantáis; si muerto, me volvéis á la vida; si frío, me enfervorizáis; si devoto, me aseguráis; si yerro, me encamináis; si empiezo, me ponéis en el camino; si aprovecho, me favorecéis, y si persevero, me premiáis. Aquí hallo consuelo, aquí me aquieto, aquí lloro, aquí me alegro.

Para todo, mi Dios crucificado, me servís; para casa, para fuera, para la corte, para el yermo, para solo, para acompañado, para el palacio, para el monasterio. Para todo negocio, para todo estado sois, mi crucificado, abrigo seguro, leal compañero, fidedísimo amigo, Maestro sapientísimo, padre muy enamorado. Os veo, consolador mío; con las manos clavadas, y si á Vos me llevo, me abrazáis; estáis con los pies clavados, y si os llamo acudís y me acompañáis; con el cuerpo estáis preso á esa cruz, y si á ella me llevo me recibís. Al punto os hallo suave, dulce, hermoso, enamorado, y todo cuanto de Vos quiero y deseo. ¿Qué más apetezco, buen Jesús, si en Vos todo lo tengo? ¿Qué más deseo, pues de todo y para todo me servís? ¿Qué hago, Dios mío, cuando aquí no estoy? Sólo cuando huyo de Vos me parecéis áspero; sólo cuando de Vos me aparto, os imagino riguroso; sólo cuando me olvido de Vos, y cuando amo otras cosas, os tengo miedo. A Vos, como mi divino remediador crucificado, me llevo; veo cuánto me engañaba, pues luego os hallo, luego me recogéis, luego me amáis, luego me llenáis de bienes. ¡Oh, quién nunca se olvidase de Vos! ¡Oh, quién nunca de Vos se apartase! Ama, alma mía, á este Señor; ámale, ámale, y déjalo todo por su amor, pues todo te hace mal, y solo El toma sobre sí tus males y te da su amor y sus bienes. Os amo, buen Jesús; os amo, mi bienaventuranza, y deseo arder siempre en vuestro amor.

¡Oh cruz, leal compañera de este Señor y de todos los suyos! Suétale ahora y dámelo, que le quiero recibir en mi alma, ó entra tú en ella con El y crucificame también; no viva yo más que para ti y para El; acabense ya mis miserias; renuévese en ti la vejez de Adán, y viva yo en la novedad del espíritu de este Señor. ¡Oh cruz ya que este dueño no se cansa de padecer, cánsate tú de atormentarte. Tú sola fuiste digna de tener en ti el precio de la gloria. ¡Dulce cruz, dulces clavos! ya que tan dulce peso sustentáis, sedle ya dulces, pues no merece el que ahí pende lo que padece. Inclina esas tus ramas, árbol divino; dobla esos tus brazos, ablanda tus entrañas, suaviza tu rigor, para que con más blandura trates los fatigados miembros de este inocente cordero. Descansad ya, Señor, de tanto padecer, viniéndoos á esta alma que os desea y tanto os necesita. Haced en ella asiento y morada; descansad en ella, tomada por vuestra, y poseedla, pues para Vos la criasteis, y haced en ella la obra que habéis comenzado en esta cruz; encended aquí vuestro

amor; morid abrazado conmigo, para que yo viva siempre abrazado de Vos.

¡Oh madre de Dios sacratísima, compañera fidelísima de los trabajos de este Señor! Vos veis con los que me buscó y me redimió; no sea esto en balde; merezca yo por Vos que El viva siempre en mí, y yo en El, sin que haya jamás entre nosotros división. ¡Oh Corte celestial, que de este Maestro aprendisteis á amar los pecadores, y tenéis fiesta cuando alguno se convierte! Ayudadme á que me convierta todo á El; á que le ame, y me crucifique en El y por El para siempre. Amen.

Breve doctrina en que el alma puede ver parte de lo que el Señor enseña y condena en la cruz, con breves oraciones para acusarse de lo que le falta y pedirselo al Señor.

ORACIÓN

Luz divina, que alumbras todas las almas que viven en tinieblas, y en ceguedad de la muerte; luz que Tobias ciego veía, cuando preso de tu hermosura conservaba la pureza de su espíritu, y en ti fijaba toda su esperanza. Luz que ahí donde estás abatida con deshonras, crucificada entre ladrones, no puede encubrirse con la obscuridad del sol que ocultó sus rayos, ni con la malicia de tus enemigos, ni con las afrentas con que el mundo te trata. Luz que ahí resplandeces con divina sabiduría, que descubres las verdades encubiertas, que muestras los yerros de la vida humana, y el camino cierto del cielo; que te haces conocer de los que te crucifican, confesar del ladrón que te blasfemaba, reconocer de las piedras que se quebrantaron y del Eterno Padre por cuya obediencia expiras; arroja, luz divina, tus rayos á este ciego é ignorante corazón, para que vea lo que en esa cruz condenas y repruebas y lo que enseñas y apruebas; enciende esta fría alma en amor de tu sabiduría, en aborrecimiento de lo que ahí condenas y en deseo de imitar lo que ahí muestras y mandas.

DOCTRINA

Los fundamentos de la vida mundana y los infelices cimientos de las obras de cuantos se apartan de este soberano bien crucificado, son (como nos declara la divina Escritura) apostatar de la obediencia y amor que á Dios debemos; codicia y alición de la carne y de los bienes temporales; soberbia y vanidad con que, dejando á Dios, fuente de agua viva, andamos por los charcos de la carne y las cosas terrenas, soberbios, hinchados, presumidos, como si fuésemos algo no siendo nada, y anteponiendo nuestro amor al de Dios, que sólo merece ser amado, como suma riqueza y bienaventuranza única. Todos los pecadores hijos de Adán entramos por estos caminos, por ellos andamos, nos apartamos de Dios y llegamos á estar delante de este soberano juez crucificado tan perdidos, tan lagados, tan lejos de lo que en El vemos, como El, que es clara luz, ve en nosotros. Todo esto condena este Hijo de Dios y divino

Maestro desde la cruz, donde se halla tan lleno de trabajos y aflicciones, sufriendo, amando y muriendo. Sin hablar maldice, aparta y derriba estos desventurados cimientos de la vida mundana, con los males que de allí nacen y allí estriban. Y comenzando por la soberbia que aquí condena, bien se ve que el Cordero Jesús, siendo igual al Padre, se humilló por nuestro amor y se rindió á cuantos le quisieron atormentar, escarnecer, blasfemar, despreciar, condenar y crucificar. Siendo el precio de la gloria y la Majestad divina, que todos adoramos, se hizo más bajo que los gusanos de la tierra, el oprobio y deshonra del mundo, el puro abatimiento, la afrenta y el escarnio del pueblo. ¿Pues de qué presumimos los pecadores? Si El quiso que sus enemigos se burlasen de su sagrada humanidad, de su inocentísima vida, de su purísima doctrina, de su divina persona, y que le abatiesen cuanto pudiesen, ¿qué lugar tendrá nuestra soberbia en el crucificado? Así reinó, así nos mereció los bienes de la gloria, así nos mostró que el corazón humilde es su agradable habitación, así declaró el aborrecimiento que tiene á la soberbia de la vida humana.

ORACIÓN

¡Oh mi humilde Jesús! Humillad mi soberbia, imprimid vuestro espíritu en estas miserables entrañas; consumid la raíz de la soberbia que nació conmigo, que conmigo creció, conmigo anda, que en todo se mezcla y que en mí encuentro aun cuando hablo con Vos y cuando de Vos trato. Haced, Señor, lo que podéis en mí, y confundid esta soberbia; dadme perfecto y vivo aborrecimiento de mí mismo y de cuanto me puede hacer presumir, y un íntimo amor de la humildad, de los desprecios, injurias y abatimientos, para que merezca ser vuestro discípulo, amigo de lo que Vos amáis, imitador de lo que crucificado me enseñáis y aborrecedor de la soberbia que aquí contradecís.

DOCTRINA

Esta humildad hizo al Señor tan obediente al Padre, que por su amor y obediencia murió muerte de cruz tan afrentosa. Enseñó que en esta conformidad quiere que sea estimada su obediencia, que en esta cuenta sea tenida su ley, y que si fuere necesario, sea observada á costa de la honra, de la sangre, de la vida, y que todo lo demás merezca tan poco aprecio y sea tan reprobado, como peste y ponzoña del alma. Así nos desengañó de que no admitirá excusa ni pretexto contra su ley, y que aquel que pretendiere otra razón para obedecerle más que el mandarlo El, no será reconocido entre los suyos. ¡Oh desventurados de nosotros, cuánto tiene que lavar y curar en nuestras almas esta preciosas sangre! ¡por cuán bajas cosas dejamos su ley! ¡cuánto más que á ella estimamos nuestra voluntad! Más vale con nosotros la ley del mundo aprobada por los hombres, y lo que todos hacen cuando yerran, ó lo que los

ciegos dirán de nosotros, que lo mandado por Dios. ¡Oh cómo va errado el mundo, á quien seguimos!

ORACIÓN

¡Oh misericordioso Señor! Poned en Vos todo mi corazón; no me dejéis vagar por lo que hasta ahora seguí; desde ahora me vuelvo á vuestra obediencia; mi presente deseo es vivir siempre sujeto á vuestra voluntad, y morir mil muertes antes que ofenderos. Entregaos, Señor, de esta alma, y tomadme todo á vuestra cuenta; no me dejéis apartar jamás de esta voluntad que ahora me dais. Renunciad por vuestro amor todas las leyes del mundo, y las culpas que contra la vuestra cometí; de ellas me pesa entrañablemente; perdonadlas, Señor, por virtud de estas llagas, y rendidme perfectamente á vuestra imitación. Apretad, Redentor mío, á todas las almas con este amor que aquí nos mostráis, y rendidlas todas á vuestra obediencia. ¡Oh si cuantos vivimos en el mundo, fuésemos una manada de ovejas recogidas todas en vuestro aprisco; que todos oyésemos vuestra voz, y os siguiésemos á Vos nuestro divino Pastor! ¡Oh amor, que todo lo puedes! Enciéndete, dilátate, abrasa todas las almas, destruye ya las desobediencias de tu ley, rinde todo corazón y cautírale de tu hermosura y bondad.

DOCTRINA

El otro fundamento del mundo es la codicia de la carne y apetito de lo que los ojos ven, el cual cautiva las almas y por el cual perdemos las verdaderas riquezas; ¿qué lugar tiene en esta cruz de Jesús, que en ella condena tan claramente todas las demasías de la vida? En ella está tan desnudo, tan desprendido, tan pobre, que ni un vaso de agua tiene para su sed; tan sin regalo y conveniencia, que para ningún miembro de su cuerpo hay descanso, ni tiene donde recline la cabeza, donde sustente los pies, ni donde descansen su fatigado cuerpo; todo es dolores, todo asperezas de la cruz; sin vestido, sin comida, sin regalo, sin dinero, sin hacienda, sin música, sin olores, sin diversiones y juegos; con dolores, con afrentas, con abundancia de cuanto lamenta, falto de toda consolación y alivio, así acaba la vida. ¡Oh vida mundana, oh vanidad de la tierra, oh regalos de la carne, oh torpes gustos de ella, oh codicias del dinero y hacienda, oh tratos y negocios temporales que ocupáis y distraéis las almas! ¿dónde quedáis? ¿qué lugar tenéis en esta cruz, y junto á este Señor?

ORACIÓN

¡Oh misericordioso Señor Jesús! Perdonadme las muchas veces que os peroí por amor de lo que aquí condenáis; las muchas en que hice más por este enemigo cuerpo que por vuestro espíritu. Oh divina piedad, aquí calla mi lengua y os da voces el secreto de mi corazón contra la abominación de mis pensamientos, de mis deseos, y de mis aficiones, que no puedo encubrir á vuestros divinos ojos. Pe-

qué, Señor, pequé mucho y con mucha fealdad; confieso mis enormes culpas; misericordia, Señor, misericordia. Valedme, llagas del Redentor; valedme, cruz de Jesús. Mandad, Señor, á todas las criaturas que venguen en mí vuestras ofensas; mudadme, piadoso Jesús, desde ahora por vuestra infinita piedad, de torpe en espiritual, de soberbio en humilde, de terreno en celestial; acabá ya la mala vida, y si no ha de acabar, cese el vivir, porque mejor me es la muerte que el ofenderos. ¡Oh, si crucificaseis desde ahora los ojos, la lengua y todos los sentidos de este hombre terreno! ¡Si crucificaseis todos mis deseos bajos y mundanos! Pues esta obra ha de ser vuestra, empezad desde ahora; viva yo sólo para Vos, y en Vos, amador puro espiritual de estas verdades, y aborrecedor de lo que hasta ahora amé, perversamente contra Vos.

DOCTRINA

Ofrécese el divino Maestro en esta cruz á todo el mundo en general, y á todas las almas, por espejo de todas las verdades. A todos declara, sin excepción, que por lo que aquí aprueba ó reprueba, nos ha de salvar ó condenar. Aquí se da por maestro para todos los negocios, para todas las obras exteriores, para todos los deseos y aficiones interiores del alma; pues cuanto en esta cruz se puede justificar le es aceptable, y cuanto se aparte de las leyes que aquí publica, no le ha de contentar. Nuestra culpa es si erramos, pues no queremos poner los ojos en este claro y divino sol crucificado. Nos cegamos con nuestros deseos, desfiguramos estas tan puras y claras verdades; trocamos los sentidos de sus purísimas obras con falsas razones de nuestra humanidad; erramos porque no queremos someternos á su divina sabiduría, y al ejemplo que aquí nos da esta luz soberana, verdad cierta y segura de las almas.

ORACIÓN

Quitad, Señor, mis ojos de toda vanidad y de mí, poniéndolos siempre en Vos; traiga yo siempre en mí alma este vuestro espejo, y os alabe con todo mi corazón por merced tan grande como esta.

DOCTRINA

No sólo desengaña este Señor crucificado y deshace los fundamentos de la vida terrena, sino que también descubre la verdadera vida espiritual tan claramente, que no puede engañarse sino quien no le quiera mirar con puros ojos del alma y del amor; porque crucificado consagró la mortificación del amor desordenado de las cosas terrenas, la total entrega de la divina voluntad, sin resistencia ni excepción de cuanto se puede imaginar, con profunda y humilde obediencia, con puro amor, desprendido de todo, pues este es el que ejercita todas las virtudes y cumple toda la voluntad de Dios. Este quiso que fuese el camino real del espíritu; éste el que aquí consagró, el que enseñó, aprobó y de quien se hizo espejo y soberano Maestro desde esta cruz. Aquí, en el crucificado, tiene el principian-

te por donde entrar, caminar y aprovechar; aquí tiene el perfecto por donde perfeccionarse y acabar en todo bien y virtud. Aquí también este Señor, lleno de dolores, enseña la ley del puro amor, que es dejarlo todo por el todo; entregarse y amar sin medida ni límite, sólo al solo, único al único, desnudo al desnudo; amar padeciendo y padecer amando; no hallar en la dificultad pretexto, ni en la flaqueza excusa, porque si es puro, todo lo puede, nada teme; detenido, no se detiene; preso, está libre; ardiendo, no se quema; viviendo muere, y muriendo vive; porque sólo vive de Jesús crucificado, y viviendo con El, muere para vivir siempre; con que se ve claro que, muriendo por puro amor, vivió para siempre.

Aquí crucificado muestra la verdadera libertad del alma que le ama puramente; pues ésta no ha de ser libre para hacer su voluntad y no tener contradicción de ninguno, sino que ha de ser desprendida de toda afición para estar cautiva de solo El, y que ningún amor ni aborrecimiento la ocupe, desprendiéndose de todo para dejarlo todo, desatenderlo todo para ser desatendida de todos, padecer en todo por un solo crucificado, á quien ama y en quien lo tiene todo.

Aquí crucificado muestra una semejanza de los cuatro dotes de gloria, que en algún modo y como en imagen tiene el alma crucificada que pura y perfectamente le ama; la cual, así unida á El, parece *imposible* estando en carne mortal: porque ninguna aflicción ni tribulación la derriba, ni aun la entristece; ninguna cosa deshace ni disminuye la pureza de su amor, como que nada sensible pudiese llegar á ella, poseída ya y transformada en el amor á quien está entregada, y éste anega en sí mismo todas sus potencias y sentidos, suprimiendo y esforzando las flaquezas de la naturaleza á que el alma vive sujeta mientras no está en la patria; y goza en ello una cierta imagen de aquella impassibilidad imperturbable del alma glorificada de este mismo Señor, á la cual no llegaba ninguna ola inquieta de las que en los mares de sus tormentos padecía.

Mostró también en sí el Redentor, que en la perfecta unión de su amor tiene en el alma una especie de la *claridad* glorificada, y en alguna manera prendas de ella (si bien que muy desiguales de las que hay en la patria); pues no sólo la limpieza interior, sino también por luz de verdades que entiende y Dios le manifiesta interiormente, se ocupa de solo El y en El es alumbrada, quedando clara y resplandeciente á sus ojos; por lo que así como ningún abatimiento bastó para encubrir la luz de las verdades de este Señor crucificado, así tanto más resplandece en esta alma la luz de estas verdades que ama, cuanto mayores son las tenebras que en el mundo reinan acerca de esta luz. Es también esta alma *útil*, que todo lo penetra, ni hay cosa cubierta para ella, ni que la pueda impedir la ocupación que en Dios tiene (embebida toda en El), así como el mismo Señor, teniendo contra sí unos como muros de acero, todo lo penetró hasta acabar sus divinas obras, abrir el cielo y ponernos en el seno de su Padre. En fin, mostró que la unión per-

fecta de un puro amor hace al alma *ligera* para subir, y para todo cuanto el amor de ella quisiere. Crucificada lo tiene todo; todo lo posee pobre; en todo reina en el mundo abatida; porque en todo ama á su Jesús crucificado que la enseñó.

ORACIÓN

¡Oh cuán bajo y terreno quedo yo, Señor de mi alma, á vista de las verdades tan claras que aquí me manifestáis! Mas para eso estoy aquí al pie de vuestra cruz, pobre y miserable, pidiendo misericordia. Coman los amados hijos ese divino pan entero, y echad las migajas de la cananea á este perro de vuestra casa, que con ellas me hartaré, y ellas me harán tal, que pueda ser levantado por Vos á la pureza de espíritu. Dadme, Señor, el de vuestra cruz, la luz de estas verdades y el amor con que nunca me aparte de aquí, mi crucificado Jesús. ¡Oh amor, oh suavidad soberana, oh esperanza mía perfecta, oh vida verdadera de mi alma, óidme, mudadme en vuestro espíritu desde ahora para siempre!

¡Oh Madre de Dios, perfectísima amadora de este Señor, que recibisteis de El cuanto tenéis, no sólo para Vos, sino para que por vuestro medio se nos comuniquen! Tened misericordia de este pobre miserable, que pido remedio al Señor para huir de mí, y vivir todo en El; y ya que El mismo quiere esto, quitad de mí todos los impedimentos y favorecedme para pasar de terreno á espiritual. ¡Oh ángeles, santos, oh corte celestial, que estáis ya fuera de los peligros de esta vida abrasados y poseídos de este amor! Unid á vuestra compañía á este miserable; y pues fuí redimido por el mismo Señor, sea por vuestra intercesión justificado, mudado y transformado. Amén.

TRABAJO XLV

Escarnio de las verdades de Cristo.

PADECIÓ el Señor en el proceso de su sacratísima Pasión un género de trabajo muy grande, citado ya en lo precedente, pero reservado para aquí, por cuanto en las horas que estuvo en la cruz padeció más en él; y este fué, ver y oír el escarnio de las verdades de su persona y doctrina; trabajo que le cercó en la cruz por todas partes; porque los pasajeros que transitaban, los soldados que le guardaban, los ladrones que tenía á los lados, los sacerdotes, principes y judíos, todos se burlaban de El y le blasfemaban; lo que el divino Cordero oía y callaba, padeciendo un gravísimo tormento. Había ya el Señor tolerado en aquella noche y día, dos gravísimos desprecios y escarnios de su sacratísima persona; el primero en casa de Caifás, donde se burlaron de su eterna sabiduría, cubriéndole los ojos, dándole bofetadas y diciendo: *Profetiza quién te dió*; en lo que le trataron como falso Profeta; porque habiendo experimentado